

ceptos de la Matemática, *a priori* en la intuición y, por tanto, demostrar su posibilidad *a priori*, sino que, este concepto, necesita siempre, con todos los principios de su empleo, si ha de ser válido *a priori*—como se exige en la Metafísica—una justificación y deducción de su posibilidad, porque, en otro caso, no se sabe hasta qué punto sea válido y si sólo puede ser usado en la experiencia ó también fuera de ella. Así, pues, en la Metafísica, como una ciencia especulativa de la razón pura, jamás se puede apelar al entendimiento común humano, pero, si es necesario abandonarla y renunciar á todo conocimiento especulativo, que siempre debe ser un medio, por consiguiente, también, á la Metafísica misma y su enseñanza (en ciertas circunstancias), y se encuentra sólo posible una creencia racional suficiente para nuestras necesidades (quizá tan saludable como el saber mismo), entoncés la forma de la cosa cambia por completo. La Metafísica debe ser ciencia, no sólo en el todo, sino también en todas sus partes; en otro caso no es nada; porque, como especulación de la razón pura, no se apoya más que en apreciaciones generales. Pero, fuera de ella, pueden muy bien encontrar su uso útil y justificado la verosimilitud y el sano entendimiento del hombre; pero según principios propios cuya importancia depende siempre de su relación con la práctica.

Esto es lo que creo justo exigir para la posibilidad de una Metafísica como ciencia.

APÉNDICE

de lo que se debe hacer para realizar la Metafísica como ciencia.

Puesto que, todos los caminos que se han recorrido hasta aquí, no han conseguido este fin, ni será tampoco alcanzado fuera de una crítica previa de la razón pura, no parece injusta la pretensión de someter el ensayo que aquí se ha expuesto, á una prueba exacta y cuidadosa, en tanto que no se tenga por mejor renunciar á toda pretensión á la Metafísica, en cuyo caso, si se permanece fiel á sus propósitos, nada hay que objetar. Si se toma el curso de las cosas tal como es en realidad, no como debería ser, hay dos clases de juicios: *un juicio que precede á la investigación*; tal es, en nuestro caso, aquel que el lector de su Metafísica pronuncia sobre la crítica de la razón pura (que, ante todo, debe investigar la posibilidad de aquélla). Y, después, otro *juicio que sigue á la investigación*, en el cual, el lector puede poner aparte, durante algún tiempo, las consecuencias de las investigaciones críticas que deben chocar con bastante fuerza con la Metafísica aceptada en otro tiempo, y, ante todo, prueba los principios de donde pueden ser derivadas aquellas consecuencias. Si

lo que expone la Metafísica común fuese aceptado como cierto (algo así como en la Geometría), sería válida la primera manera de juzgar; pues, si las consecuencias de ciertos principios contradicen las verdades alcanzadas, aquellos principios son falsos y se les debe rechazar sin nueva investigación. Pero si esto no es así, de suerte que la Metafísica no posee una provisión de principios indiscutiblemente ciertos (sintéticos) y quizá es de tal manera que, precisamente una gran cantidad de los que son en apariencia los mejores entre todos, son, sin embargo, contradictorios en sus consecuencias, pero no se puede encontrar, en modo alguno, un criterio seguro de la verdad de los principios metafísicos propiamente dichos (sintéticos), el modo precedente de juzgar, no puede hacerse efectivo, sino que la investigación de los principios de la crítica debe preceder á todos los juicios acerca de su valor ó falta de valor.

Prueba de un juicio sobre la crítica que precede á la investigación.

Tal juicio puede encontrarse en el *Göttingischen gelehrten Anzeigen*, tercera parte del suplemento de 19 de Enero de 1782, pág. 40 y siguientes.

Si un autor que conoce bien el objeto de su obra y ha velado generalmente por dedicarla su propia reflexión, encuentra un crítico que, por su parte, es bastante perspicaz para apreciar los momentos en los cuales se funda el valor y la fal-

ta de valor del escrito, que no se atiende á las palabras, sino que se dirige á las cosas y solamente contrasta y prueba los principios de los cuales parte el autor, entonces, á este último, le puede desagradar lo duro del juicio; por el contrario, al público le es completamente indiferente, puesto que con ello gana; y el autor mismo puede estar satisfecho de tener ocasión de corregir sus escritos examinados prontamente por un perito ó explicarlos y, de tal modo, si, en el fondo, cree tener razón, eliminar prontamente el obstáculo que podría llegar á ser, en lo sucesivo, desventajoso.

Yo me encuentro, respecto á mi censor, en una situación completamente distinta. No parece considerar para nada qué era, propiamente, lo más importante, en la investigación en la cual me he ocupado (feliz ó desdichadamente); y, sea por impaciencia para considerar una obra extensa, ó por mala disposición de ánimo con respecto á la amenaza de reforma de una ciencia en la cual creía el crítico, desde hace ya tiempo, haberlo puesto todo en claro, ó (y esto me resisto á suponerlo) por culpa de un concepto verdaderamente limitado, merced al cual no puede nunca elevarse con el pensamiento sobre una Metafísica de escuela, sea, en fin, por lo que quiera, pasa impetuosamente sobre una larga serie de proposiciones, en las cuales, sin conocer sus premisas, no se puede pensar absolutamente nada, reparte á un lado y otro sus censuras, cuyo motivo el

lector, aprecia tan poco como entiendelas proposiciones contra las cuales deben dirigirse, y no puede, pues, ni ser útil para informar al público, ni perjudicarme lo más mínimo ante el juicio de las personas competentes; por esto, hubiese yo pasado completamente por alto este juicio, si no me diese ocasión para un esclarecimiento que, en algunos casos, podría preservar al lector de una mala interpretación.

Pero el crítico, para adoptar un punto de vista desde el cual pudiera presentar la obra toda, con la mayor facilidad posible, de un modo desfavorable para el autor, sin necesidad de molestarse en investigación especial alguna, empezó y acabó de este modo: «esta obra es un sistema de idealismo trascendental (ó, como él transcribe, de idealismo superior)» (1).

Tras la primera consideración de esta frase, vi pronto qué clase de crítica podría derivarse de ella, algo así como si cualquiera, que nada hubiese oído ó visto acerca de Geometría, encontrase una obra de Euclides y tratase de pronunciar su juicio sobre ella después de haberse encontrado, al oírla, con muchas figuras y dijese

(1) En modo alguno el más alto. Las torres altas y los grandes metafísicos semejantes á ellas, en torno á los cuales, igualmente, suena por lo común mucho el viento, no son para mí. Mi puesto está en el fructífero βάθος (profundidad) de la experiencia, y, la palabra trascendental, cuyo sentido, muchas veces indicado por mí, no ha sido una sola vez comprendido por el crítico (tan fugazmente

algo como esto: «Este libro es un método sistemático de dibujo; el autor se sirve de un lenguaje especial para dar preceptos oscuros é ininteligibles que, al fin, no pueden lograr otra cosa que lo que cualquiera puede obtener mediante un buen golpe de vista natural».

Entre tanto, veamos qué clase de idealismo sea el que penetra toda mi obra, aunque, por lo demás, no constituye el alma del sistema.

El principio de todo idealismo genuino, desde la escuela eleática hasta el obispo Berkeley, está contenido en esta fórmula: «Todo conocimiento por medio de los sentidos y la experiencia no es más que mera apariencia, y sólo en las ideas del entendimiento puro y de la razón está la verdad».

El principio que, en general, rige y determina mi idealismo es, por el contrario: «Todo conocimiento de las cosas por medio del entendimiento puro ó de la pura razón no es sino mera apariencia y solamente en la experiencia está la verdad».

lo ha considerado todo), no significa algo que se eleve sobre toda experiencia, sino lo que, sin duda, la precede (*a priori*), pero, sin embargo, no está destinado á más que, simplemente, á hacer posible el conocimiento experimental. Si estos conceptos sobrepujan la experiencia, su uso, se llama trascendente, el cual se diferencia del inmanente, es decir, del uso limitado á la experiencia. Todas las falsas interpretaciones de esta clase han sido suficientemente previstas en la obra; solamente que el crítico encuentra ventaja en ellas.

Pero esto es, precisamente, lo opuesto á aquel pretendido idealismo; ¿cómo llegué yo, pues, á servirme de esta expresión con un propósito completamente opuesto y, cómo llegó el censor, á verle por todas partes?

La solución de esta dificultad, se funda en algo que, muy fácilmente, se hubiese podido apreciar por la conexión del escrito, si se hubiese querido. El espacio y el tiempo, con todo lo que en sí contienen, no son las cosas ó sus propiedades en sí, sino que corresponden solamente á los fenómenos de las mismas; hasta aquí estoy de acuerdo con aquellos idealistas. Sólo que estos, y, entre ellos, especialmente, Berkeley, consideraron el espacio como una mera representación empírica que, lo mismo que los fenómenos en él, solamente nos sería conocida por medio de la experiencia ó la observación, juntamente con todas sus determinaciones. Por el contrario, yo muestro: que, el espacio (é, igualmente, el tiempo, al cual no prestaba atención Berkeley), juntamente con todas sus determinaciones, puede ser reconocido por nosotros *a priori*, porque, igualmente que el tiempo, está dado en nosotros antes que toda observación ó experiencia como pura forma de nuestra sensibilidad y hace posible toda intuición de la misma, por consiguiente, también todos los fenómenos. De aquí se siguió: que, como la verdad concierne á las leyes generales y necesarias como su criterio, la experiencia, para Berkeley, no podría tener criterio alguno de verdad,

porque, en el fondo de los fenómenos mismos (para él) no había nada dado *a priori*; de lo cual deducía que, la experiencia, no es sino mera apariencia, mientras que, para nosotros, el espacio y el tiempo (en conexión con los conceptos puros del entendimiento) prescriben *a priori* su ley á toda la experiencia posible, la cual, igualmente, proporciona el criterio más seguro para distinguir en ella la verdad de la apariencia (1).

Mi llamado idealismo (propriadamente crítico) es, pues, de una clase completamente especial, á saber, de tal naturaleza, que trastrueca el ordinario y que, por él, todo conocimiento *a priori*, aún el de la Geometría, recibe, ante todo, realidad objetiva, la cual, sin esta idealidad, probada por mí, del espacio y del tiempo mismos, no podría, en modo alguno, ser afirmada por los más celosos realistas. En tal estado de cosas, desearía yo, para precaver toda mala inteligencia, poder denominar de otro modo este concepto mío; pero no se puede fácilmente realizar este cambio de

(1) El idealismo propriadamente tal tiene siempre un propósito exaltado y no puede tampoco tener otro; pero, el mío, se reduce simplemente á comprender la posibilidad de nuestro conocimiento *a priori* de los objetos de la experiencia, lo cual es un problema que, hasta aquí, no ha sido resuelto, ni siquiera planteado. De este lado cae todo idealismo exaltado que (como se puede ver también en Platón) concluye siempre, de nuestros conocimientos *a priori* (aun los de la Geometría) á otra intuición (á saber, la intelectual) distinta de la de los sentidos, porque no pudo ocurrírsele que los sentidos también deben contemplar *a priori*.

un modo total. Séame, pues, permitido llamarle en el porvenir, como antes se ha dicho, idealismo formal, mejor aún, idealismo crítico, para diferenciarle del dogmático de Berkeley y del esceptico de Descartes.

No encuentro nada más digno de mención en el juicio de este libro. El autor mismo juzga completamente *en gros*, manera de juzgar prudentemente escogida, porque, con ella, no se delata su propio saber ó ignorancia; un solo juicio circunstanciado *en détail*, si, como es justo, hubiese tocado á la cuestión capital, hubiese descubierto quizá mi error, quizá también la medida de la opinión del crítico en esta clase de investigaciones. Para privar prontamente del gusto de la lectura del libro mismo á los lectores que están acostumbrados á formarse un concepto de los libros por las noticias de los periódicos, no se podía tampoco inventar peor ardid que expresar de una tirada una serie de frases que, separadas de sus principios fundamentales y explicaciones (principalmente apodícticas, como lo son para toda Metafísica de escuela), deben parecer absurdas, asediar la paciencia del lector hasta el disgusto y, después que se me ha dado á conocer la proposición ingeniosa de que la apariencia permanente es la verdad, concluir dándome esta dura pero paternal lección: ¿por qué, pues, la lucha contra el lenguaje generalmente aceptado?, ¿por qué y para qué la distinción idealista? He aquí un juicio que, finalmente, hace consistir

todo lo propio de mi libro, que primero debía ser una herejía metafísica, en una mera innovación de lenguaje y que prueba claramente que, mi arrogante juez, no ha entendido lo más mínimo de él y, además, no se ha entendido tampoco bien á sí mismo (1).

Sin embargo, el censor habla como un hombre que debe tener conciencia de conocimientos importantes y excelentes, pero que los mantiene ocultos; pero no he llegado, por último, á conocer, respecto á la Metafísica, qué es lo que podría justificar tal tono. Hace muy mal en sustraer al mundo sus descubrimientos; pues les sucede, sin duda, á muchos, como á mí que, en todo lo hermoso que, desde hace largo tiempo, se ha escrito en esta materia, no pueden, sin embargo, encontrar que se haya hecho adelantar la cien-

(1) La mayor parte de las veces el crítico se pelea con su propia sombra. Si yo opongo la verdad de la experiencia al ensueño, no se le ocurre pensar que me refiero solamente al conocido *somnio objective sumto* de la filosofía de Wolf; lo cual es puramente formal y por lo cual no se hace en nada referencia á la distinción entre la vigilia y el sueño y no puede tampoco ser tenido en cuenta en una Filosofía trascendental. Además, mi deducción de las categorías y mi cuadro de los principios fundamentales del entendimiento los llama «principios fundamentales de la Lógica y Ontología comunmente conocidos, expresados de un modo idealista». El lector no necesita más que revisar estos Prolegómenos para convencerse, respecto á este particular, de que no podría, en modo alguno, haberse pronunciado un juicio más miserable é, históricamente, más falso.

cia ni una pulgada. Se afinan las definiciones, se provee de nuevas muletas á las pruebas cojas, se añaden nuevos retazos ó se da un corte nuevo al centón de la Metafísica; esto se encuentra fácilmente en estos escritos; pero lo que el mundo pide, eso, no. De afirmaciones metafísicas está hartado el mundo; se quiere saber que se estudia la posibilidad de esta ciencia, las fuentes de las cuales puede derivarse la certeza de la misma y se desea tener criterios seguros para distinguir la apariencia dialéctica de la razón pura, de la verdad. Para esto debería poseer el crítico la clave; en otro caso, jamás debería hablar en un tono tan alto.

Pero caigo en la sospecha de que jamás se le ha venido á las mientes tal necesidad de la ciencia; pues, en otro caso, hubiese dirigido su juicio á este punto y, aun un intento fracasado en una materia tan importante, hubiese conquistado su atención. Si esto es así, volvemos á ser buenos amigos. Puede profundizar cuanto quiera en su Metafísica, nadie debe impedirselo; sólo sobre lo dado fuera de la Metafísica, sobre las fuentes de la misma existentes en la razón, no puede juzgar. Pero que mi sospecha no carece de fundamento, se prueba porque no dice una palabra de la posibilidad de los conocimientos sintéticos *a priori*, lo cual constituía el tema propio en el cual se funda por completo la solución del porvenir de la Metafísica y acerca del cual versaba por completo mi crítica como versan mis Prole-

gómenos. El idealismo, con el cual se encuentra y del cual permanece pendiente, era sólo admitido en la doctrina como el medio único de resolver aquel problema (aunque reciba también su confirmación de otros principios); y, entonces, debería haber probado, ó que aquel problema no tiene la importancia que yo le atribuía (como le atribuyo ahora en los Prolegómenos) ó que, por mi concepto de los fenómenos no puede, en modo alguno, ser resuelto ó podría serlo mejor de un modo distinto; pero, acerca de esto, no encuentro ni una palabra en la crítica. El censor no ha entendido, pues, cosa alguna de mi escrito y quizá tampoco del espíritu y de la esencia de la Metafísica misma, si no es más bien, como yo prefiero aceptar que, la impaciencia del crítico, excitada por las dificultades de abrirse paso al través de tantos obstáculos, haya arrojado una sombra desfavorable sobre la obra que tiene delante y la haya hecho incognoscible en sus rasgos principales.

Falta mucho para que, en un periódico científico, puedan ser buscados los colaboradores con tan buena elección y cuidado que puedan mantener en el campo de la Metafísica, como en cualquier otro, sus apreciaciones, por otra parte, meritorias. Otras ciencias y conocimientos tienen sus reglas. La Matemática las tiene en sí misma, la Historia ó la Teología en los libros profanos ó sagrados, la Ciencia Natural y la Medicina en la Matemática y la experiencia, la

Ciencia del Derecho en los códigos y, hasta las cosas del buen gusto, en los modelos de los antiguos. Sólo en el juicio de lo que se llama la Metafísica, necesita encontrarse la regla (yo he hecho un intento de determinarla, así como su uso). ¿Qué hay que hacer, si se ha de juzgar acerca de escritos de esta clase, hasta tanto que esa regla sea descubierta? Si estos escritos son de naturaleza dogmática se puede pensar sobre ello lo que se quiera; nadie podrá en este largo tiempo representar el papel de maestro de los otros, sin encontrar alguien que se venga de él en la misma forma. Pero si son de naturaleza crítica, y, ciertamente no referidos á otros escritos sino á la razón misma, de tal modo que la regla del juicio no puede ser ya admitida sino que, ante todo, ha de ser buscada, entonces, no pueden impedirse la objeción y la censura, pero, en el fondo de ellas, debe existir un carácter conciliador, porque la necesidad es común y porque la falta del conocimiento necesario hace inconveniente una autoridad que decida como juez.

Pero, para enlazar, igualmente, esta defensa mía con los intereses de la comunidad que filosofa, propongo un ensayo que es decisivo acerca del modo como las investigaciones metafísicas deben ser dirigidas á su objeto común. Esto no es otra cosa que lo que, en otro tiempo, han hecho los matemáticos para determinar, en un concurso, la superioridad de sus métodos, esto es, un reto á mi crítico para que pruebe, á su modo,

uno solo de los principios verdaderamente metafísicos por él afirmados, esto es, un principio sintético reconocido *a priori* con ayuda de conceptos, si se quiere también, alguno de los indispensables, como, por ejemplo, el de la permanencia de la sustancia ó la determinación necesaria de los acontecimientos del mundo por su causa, pero, como es debido que los prueba, *a priori*. Si no puede hacer esto (y el silencio equivale á una confesión), debe conceder que, puesto que la Metafísica, sin la certeza apodíctica de las proposiciones de esta naturaleza, no vale nada, debe ser, ante todo, determinada la posibilidad ó imposibilidad de las mismas en una crítica de la razón pura; pues está obligado, ó á confesar que mis principios de la crítica son justos, ó á probar su falta de validez. Pero, aunque ya veo de antemano que, por más que se ha fiado tan descuidadamente hasta aquí de la certeza de sus principios, sin embargo, puesto que se trata de una prueba estricta, no puede, ni en toda la extensión de la Metafísica, encontrar una sola, con la cual pueda atrevidamente presentarse, quiero concederle la condición más ventajosa que se puede esperar, pues, en una discusión, á saber, dispensarle del *onus probandi* y tomarle sobre mí.

Él mismo encuentra en estos Prolegómenos y en mi crítica, pág. 426 á 461 (1), ocho proposi-

(1) Las tesis y antítesis de las cuatro antinomias. Página 454-489 de la segunda edición.

ciones, cada dos de las cuales se contradicen recíprocamente, pero cada una de las cuales pertenece necesariamente á la Metafísica, la cual debe aceptarlas ó contradecirlas (aunque ninguna de ellas haya dejado de ser aceptada por algún filósofo). Ahora bien, el crítico tiene la libertad de elegir á su gusto una de estas ocho proposiciones y aceptarla sin prueba, puesto que de esto le dispense; pero solamente una (pues tan poco útil ha de ser para él como para mí la pérdida de tiempo); y entonces que ataque mi prueba de la antítesis. Ahora bien, si yo puedo salvar igualmente ésta y mostrar, de tal manera, que, según los principios que toda Metafísica dogmática debe reconocer necesariamente, puede ser probado, de un modo igualmente claro, lo contrario de la proposición por él adoptada, está, pues, probado que, en la Metafísica, hay una falta originaria, que no puede ser explicada, mucho menos resuelta, sin elevarse hasta el lugar de su nacimiento, hasta la razón pura misma; y así, mi crítica debe, ó ser aceptada, ó sustituida por otra mejor, pero al menos, pues, ser estudiada; lo cual es lo único que exijo ahora. Si yo no puedo, por el contrario, salvar mi prueba, entonces, se establece sólidamente, de parte de mi adversario, una proposición sintética *a priori* de principios dogmáticos; mi inculpación á la Metafísica común, será, por esto, injusta y me obligo á reconocer como equitativa su censura de mi Crítica (aunque esto no debería ser aún la

consecuencia). Pero, para esto, sería preciso, presumo yo, *dejar á un lado el incógnito*, porque no concibo cómo, en otro caso, se impediría que, en vez de ser honrado ó agobiado con *un* tema lo fuese con varios, de adversarios innominados é incompetentes.

Proposición de un estudio de la Crítica, al cual puede seguir el juicio.

Estoy también obligado al público instruído, por el silencio con el cual, durante un largo tiempo, ha honrado mi Crítica; pues esto prueba una suspensión del juicio y, así pues, alguna suposición de que, en una obra, que abandona todos los caminos acostumbrados y marca uno nuevo, en el cual no se puede uno orientar inmediatamente, puede, quizá, haber algo por lo cual, una rama importante, pero hoy muerta, del conocimiento humano, pueda recibir vida y fecundidad nuevas, por consiguiente, una precaución para no romper ó destruir los injertos todavía tiernos por juicio alguno precipitado. Una prueba de uno de estos juicios retardados por estas razones, se me presenta precisamente ahora en el *Gelehrter Zeitung*, de Gotha, cuya profundidad (sin tomar en cuenta mi elogio, en este caso sospechoso) todo lector observará por sí mismo, en la representación comprensible y verdadera de uno de los trozos correspondientes á los principios primeros de mi obra.

Y ahora, puesto que un amplio edificio es imposible que se pueda juzgar inmediatamente y en total por medio de una apreciación pasajera, propongo que se le pruebe parte por parte en sus fundamentos y que se utilicen estos Prolegómenos como un resumen general, con el cual entonces se pueda comparar ocasionalmente la obra misma. Si esta exigencia no tuviese otro fundamento que mi suposición acerca de la importancia que presta generalmente la vanidad á las obras propias, sería impertinente y merecería ser rechazada con indignación. Pero, ahora, las cosas referentes á la Filosofía especulativa, están dadas de tal modo, que se hallan á punto de perecer, aunque la razón humana esté pendiente de ellas con una imperecedera inclinación; cuya razón humana, solamente porque de un modo incesante se engaña, trata ahora, aunque en vano, de convertirse á la indiferencia.

En nuestros meditadores tiempos, no se puede concebir que muchos hombres de mérito dejen de aprovechar toda buena ocasión de colaborar en los intereses comunes de la razón cada vez más esclarecedora, si ofrece solamente alguna esperanza de conseguir, por este medio, su objeto. La Matemática, la Ciencia Natural, las leyes, las artes, la Moral misma, etc., no colman completamente el alma; queda siempre en ella un espacio, trazado por la razón pura y especulativa, y cuyo vacío, nos fuerza á buscar, según la apariencia, ocupación y distracción, pero en ver-

dad, solamente puros pasatiempos en gestos y contorsiones ó también en fantasías, para acallar el molesto llamamiento de la razón que, según su determinación propia, exige algo que, por sí mismo, la satisfaga y no la conduzca á la actividad con otros propósitos ó en interés de las inclinaciones. Por eso, como yo supongo con fundamento, un estudio que se ocupa solamente de ese círculo de la razón, subsistente por sí misma, tiene un gran atractivo para todo aquel que ha buscado solamente ampliar sus conceptos, porque precisamente, en aquél, se juntan todos los otros conocimientos, y aun todos los fines, y se deben reunir en un todo; y aún debo decir que tiene un atractivo mayor que cualquier otro conocimiento teórico que no se cambiaría fácilmente por él.

Pero, por esto, propongo estos Prolegómenos como plan y guía de la investigación y no de la obra misma, porque, aún hoy, estoy, sin duda, completamente satisfecho de ésta en lo que concierne al contenido, al orden y al modo de exposición y al cuidado que ha sido concedido á cada frase para reflexionar sobre ella y probarla antes de establecerla (pues he empleado años para darme completamente por satisfecho, no solamente del todo, sino hasta de algunas frases particulares en relación á sus fuentes); pero porque no estoy satisfecho con mi exposición de algunas partes de la doctrina elemental, por ejemplo, de la deducción de los conceptos del entendimiento,

ó la de los paralogismos de la razón pura, pues una cierta amplitud de la misma perjudica á la claridad, en lugar de ella se puede poner el fundamento de la prueba en lo que, respecto á esas partes, dicen los Prolegómenos.

Se elogia en el alemán que, dondequiera que se exige perseverancia y aplicación continua, puede llegar más lejos que los otros pueblos. Si esta opinión es fundada, se presenta aquí una buena ocasión de terminar una tarea, de cuyo feliz resultado apenas cabe dudar y en la cual todos los pensadores toman igual parte, pero á cuya solución no se había llegado hasta ahora, y así, de afirmar esta opinión favorable, principalmente, puesto que la ciencia, á la cual se refiere, es de una clase tan especial, que, puede ser, de una vez, completada y conducida á un tal *estado de permanencia*, que no necesite ser llevada más allá ni ser aumentada ó modificada por descubrimientos posteriores (el adorno por medio de mayor claridad aumentada aquí ó allí ó la utilidad añadida con varios propósitos no la cuento en esta caso), ventaja que no tiene ni puede tener otra ciencia alguna, porque ninguna corresponde á una facultad de conocer tan plenamente aislada, independiente de las otras é inconfundible con ellas. A esta imputación mía, tampoco parece ser desfavorable el tiempo presente, puesto que apenas se sabe ya en Alemania en qué se puede uno ocupar aparte de las llamadas ciencias útiles, de tal manera que no se realicen puros jue-

gos sino también trabajos en los cuales puede alcanzarse un fin permanente.

Cómo pueden los esfuerzos de los sabios concentrarse en un tal objeto, para inventar los medios propios á este fin, es cosa que debo dejar á otros. Entre tanto, mi intención no es exigir á alguien una mera aceptación de mis proposiciones, ó lisonjearme solamente con tal esperanza, sino que todos pueden, á su gusto, atacarla ó realizar con ella repeticiones, limitaciones ó confirmaciones, adiciones y ampliaciones; pero, si la cuestión es examinada, fundamentalmente, no puede menos de producirse por este medio un sistema, ya que no el mío, que puede ser un legado para la posteridad, por lo cual tendrá ésta un motivo de agradecimiento.

Qué clase de Metafísica puede esperarse á consecuencia de los principios de la Crítica, si se está de acuerdo, primeramente, sobre estos principios, y cómo esta Metafísica, por haberse-la despojado de las falsas plumas, no debe, en manera alguna, ser rebajada á una pobre y pequeña figura, sino que puede aparecer, en otros respectos, rica y decorosamente adornada, mostrar aquí esto, nos llevaría demasiado lejos; solamente otras grandes utilidades que tal reforma podría traer consigo, se ponen inmediatamente de manifiesto. La Metafísica común era ya útil, porque buscaba los conceptos elementales del entendimiento para hacerlos claros por medio del análisis y determinados por medio de la ex-

plicación. Por esto se constituía como un medio de cultivo para la razón, adonde ésta después tendría siempre gusto en volverse. También es sólo esto todo lo bueno que hacía. Pues este mérito suyo lo anulaba de nuevo porque favorecía la propia vanidad con atrevidas afirmaciones, la sofistería con sutilezas y paliaciones y, con la ligereza de salir de las cuestiones más difíciles con un poco de sabiduría de escuela, favorecía, también la superficialidad, la cual es tanto más seductora cuanto que tiene la posibilidad de elegir, de una parte, algo del lenguaje de la ciencia, de otra parte, algo del de la popularidad y, por esto, es todo para todos, pero, de hecho, en todas partes, no es nada. Por el contrario, en la Crítica, se adjudica á nuestro juicio la regla por la cual puede distinguirse, con seguridad, el saber de la apariencia de saber y esta crítica, por ser conducida, en la Metafísica, á pleno ejercicio, funda un modo de pensar que extiende, después, su beneficioso influjo á todo otro uso de la razón, é inspira, por primera vez, el verdadero espíritu filosófico. Pero tampoco es, ciertamente, menos de estimar el servicio que presta á la Teología, puesto que la hace independiente del juicio de la especulación dogmática y, por esto, la pone en plena seguridad contra todos los ataques de tal enemigo. Pues, la Metafísica común, si prometía igualmente á aquélla mucha ventaja, no podía después satisfacer esta promesa y, al pedir asistencia á la Dogmática especula-

tiva, no hacía otra cosa que armar á los enemigos contra ella misma. La exaltación que, en una edad ilustrada, no puede prosperar más que si se oculta tras una Metafísica de escuela, bajo cuya protección puede atreverse á delirar, por decirlo así, con razón, será arrojada por la Filosofía crítica de este su último escondrijo, y, sobre todo, no puede sino ser de importancia para un maestro de Metafísica, poder decir, alguna vez, con general asentimiento, que, lo que ella expone, es ya, por fin, ciencia y que, por tanto, se proporciona utilidad verdadera á la comunidad.